

Ni destemplados clarines,  
Ni la zampona perversa,  
Ni en vil mercado el molesto  
Gruñente animal de cerda,  
Que hasta los perros y gatos ahuyentan,  
Tan desapacible hirió mis potencias.  
Señor Iriarte, ó don diablo!  
Si más estilo y cadencia  
No dais al verso, dejad  
Vuestra profesion coplera,  
O al versificar, ved ántes si os presta  
El *Asno erudito* (1) sus tiesas orejas.

## EL PASTOR MÚSICO.

## FÁBULA.

En los campos de Arcadia  
El pastor Melibeo  
Sacaba diariamente  
Primores mil del rústico instrumento.  
Jamás tales canciones  
Repitieron los ecos;  
Porque no era muy fácil  
Naciese al mundo tañedor más diestro.  
Pastores y zagalas,  
Llamados de su acento,  
En bailes y retozos  
Pasaban á su lado alegre el tiempo.  
Y en tanto los ganados  
Por los vecinos cerros  
Se exponen, descarriados,  
Al carnívoro lobo y otros riesgos.  
Hoy faltan tres ovejas,  
Mañana seis corderos;  
Y al ver pérdidas tantas,  
Todos maldicen al pastor funesto.  
Los viejos reunidos  
Tomaron el acuerdo  
De arrojarle al instante,  
Como perjudicial, lejos del pueblo.  
Escuchó la sentencia  
Con un desden soberbio,  
Teniéndola el pedante  
Por un agravio á sus talentos hecho.  
Como Scipion romano  
Salió, diciendo necio:  
«Írme ¡y para siempre!  
Ingrata patria, no tendrás mis huesos.  
¡Echarme de estos campos!  
¡Al fin hombres groseros!  
No merecen gozarme,  
Pues desprecian el mérito que tengo.»  
Diciendo así, orgulloso  
Salió para el destierro,  
A sus jueces mirando  
Con el más soberano menosprecio.  
Lo mismo de continuo  
Sobre la tierra vemos;  
El orgullo insensato  
Es vicio incorregible: esto no es nuevo.  
Pero vamos á cuentas,  
Amigo Melibeo:  
El amo te tenía  
Para cuidar sus cabras y corderos.  
Si la hacienda le pierdes,  
¿Qué le importa á tu dueño  
Que las selvas encantadas,  
Músico superior al tracio Orfeo? (2).

(1) Don Juan Pablo Forner escribió contra Iriarte el papel que titulé de este modo, y que es á la verdad el que menos le honra de sus escritos; un folleto de este género, que es una grosería que nada enseña, no pueden disculparlo ni los pocos años.

(2) En esta fábula desarrolla con ingenio el mismo argumento que expuso, compendiado en la fábula impresa:

«Salicio usaba tañer  
Su zampona todo el año», etc.

## EL SOMBRERERO (3).

## CUENTO.

A los piés de un devoto franciscano  
Acudió un penitente.— Diga, hermano,  
¿Qué oficio tiene?  
— Padre, sombrerero,  
— Y ¿qué estado?  
— Soltero.  
— Y ¿cuál es su pecado dominante?  
— Visitar una moza.  
— ¿Con frecuencia?  
— Padre mio, bastante.  
— ¿Cada mes?  
— Mucho más.  
— ¿Cada semana?  
— Ann todavía más.  
— ¿La cotidiana?  
— Hago dos mil propósitos sinceros...  
— Pero dígame, hermano, claramente:  
¿Dos veces cada día?  
— Justamente.  
— Pues ¿cuándo diablos hace los sombreros?

## LOS HUEVOS MOLES.

PARODIA DE EL MURCIÉLAGO ALEVOSO,  
DEL MAESTRO GONZÁLEZ (4).

Compuso Juana un día  
De huevos moles razonable fuente,  
Sin saberlo su tía,  
Que la hubiese reñido impertinente;  
Con ella se promete  
Obsequiar á Perico, un mozalbete  
Con quien la niña tuvo un cierto acaso;  
Mas esto no es del cuento. Al cuento paso.  
Hecha la fuente ya, guardarla piensa  
En lugar reservado:  
En efecto, metiéndola en la despensa;  
Y dejando cerrado,  
A la labor se vuelve muy serena;  
Mas el diablo sutil, que el mal ordena,  
Desbarató de Juana el fino intento,  
Elijiendo un raton por instrumento.  
Esta vil criatura  
Por todo el aposento discurría  
Con tanta travessura,  
Que agente de negocios parecía;  
Buscando diligente  
Manjar en que pudiera hincar el diente;  
Y encontrando la fuente cara á cara,  
Para el feliz asalto se prepara.  
Jamás el griego acometió al troyano,  
El Campeador á Muza,  
A Bayaceto el Tamorlan tirano,  
Ni en cruda escaramuza  
Con tanta fuerza el godo poderoso,  
Testigo de ello el cielo luminoso,  
Acometió á los vándalos y suevos,  
Como el raton arremetió á los huevos.  
Allí, sin temer daño,  
Trabado de palabra con la fuente,  
La tripa de mal año  
Saca, como se dice vulgarmente,  
Sin que advirtiese que le estaba viendo  
Un enorme gatazo reverendo,  
Capon de hocico, si detras castrado,  
Y de manchas el lomo remendado.  
El animal, que mira  
De su ama el descuido bien notable,  
Salta al vasar intrépido, y tira  
Al raton miserable,

(3) Sacado de la *Colección de cuentos alegres*, de SAMANIEGO. (Por su excesivo desenfado familiar, no es posible dar á la estampa esta *Colección*.) (Nota del Colector.)

(4) De la *Colección de cuentos*. SAMANIEGO en esta parodia no iguala la riqueza de dición del original, y se conoce que ni lo pretendió tampoco; pero agrada por su ligereza picaresca.

«Así enmendar tu vida determina;  
Advirtiéndote que pena tan severa  
Es el amor el juez que la fulmina.»

## DESCRIPCION

DEL CONVENTO DE CARMELITAS DE BILBAO,  
LLAMADO EL DESIERTO (1).

## FRAGMENTOS.

En el más sano clima de la España,  
Una fértil colina  
Hermosa y domina  
El mar y la campaña.  
Un río tortuoso,  
Con las aguas marinas candaloso,  
Le presenta sus nave y la baña.  
Coronan su eminencia  
Un templo entre cipreses, y á su lado,  
En un bosque frondoso,  
Un humilde edificio colocado,  
Apénas á la vista descubierto;  
De veinte y cuatro extáticos varones,  
Grandes por su retiro y penitencia,  
Esta es la habitacion, éste el *Desierto*.  
Ni escarpados peñones,  
Que forman precipicios espantosos,  
Ni grutas habitadas por leones  
Entre bosques umbrosos,  
Ni aullidos de demonios y de diablos,  
Como entre los Antonios y los Pablos,  
Ni objeto que conspire  
A que la soledad horror inspire,  
Hay en este retiro penitente.  
Aquí naturaleza hermosa y varia  
Recomienda la vida solitaria;  
Aquí cada viviente  
Yace en reposo amable;  
Un silencio se observa, comparable  
A la noche más quieta;  
Parece que de intento  
Ni el río corre, ni la mar se inquieta,  
Ni los pájaros cantan,  
Ni las hojas se mueven con el viento,  
Y que en sueño profundo  
Duerme tranquilamente todo el mundo.  
Así, cuando se acerca algun mundano  
A la colina santa,  
Como pise, profano,  
El duro suelo sin desnuda planta,  
Sólo de sus pisadas el ruido,  
Por el eco en la estancia repetido,  
Le turba, le detiene;  
Con silencioso paso se previene  
A entrar en lo escondido del *Desierto*:  
Todo se le presenta como muerto;  
Duda si es panteon; pero ya escucha,  
O freir una trucha,  
O bien que el remangado cocinero  
Alborota el cobarde gallinero.  
El tímido mundano ya respira,  
Entra; mas, sin embargo, cuanto mira  
Le dice claramente:  
«Muerto estoy para el mundo enteramente.»  
En el seno profundo é ignorado  
De la estrecha clausura  
Habita cada monje sepultado  
En una celda oscura.  
Por su estrecha ventana,  
Enemiga del día,  
Ni una sola mañana

(1) Sitio muy pintoresco, entre Bilbao y Portugalete, y que desmiente la idea que produce su nombre. Esta descripción se imprimió en el tomo IV de la *Biblioteca selecta de literatura española*, que publicaron en Burdeos (imprenta de Lawalle joven y sobrino, en 1849, en 8.º mayor) los señores P. Mendivil y M. Silvela; pero por un manuscrito tan inexacto y mendoso, que á veces apenas se percibe el sentido. El nuestro, aunque sacado del original del autor, es, sin comparacion, mejor que la copia que sirvió á la impresion, y ha sido coleccionado con otros tres.

Cual húsar bravo ó capitán prusiano  
Se tiran á un francés republicano;  
Siendo el final del temerario duelo,  
Fuente, gato y raton venir al suelo.  
Al golpazo, medrosa  
Acude prestamente la sobrina,  
Y entrando presurosa,  
La causa del estrépito examina;  
Y viendo ya perdidos  
Los huevos de Perico apetecidos,  
El llanto empaña sus hermosos soles,  
Justas exequias de los huevos moles.  
Mas volviendo á Perico, que ignorante  
Del catástrofe estaba,  
Y de Juanita la expresion amante  
Solicito esperaba,  
Cuando fué noticioso del suceso  
Estuvo á pique de perder el seso,  
En tanto grado, que con rabia fiera  
Reconviene al raton de esta manera:  
«¿Por qué, monstruo malvado,  
El infernal hocico all metiste?  
¿Por qué á mi dueño amado  
Justo motivo de pesar le diste?  
Ni ¿cómo impunemente  
Pensabas asaltar la virgen fuente,  
Dejándonos, en pena tan tirana,  
A mi sin plato, sin consuelo á Juana?  
»El cielo vengador, bestia disforme,  
Ejecute contigo,  
En pena de delito tan enorme,  
Un horrendo castigo;  
Persigante muchachos y criadas,  
Caigas en ratoneras bien armadas,  
Y los vivientes de la tierra todos  
Te mortifiquen de distintos modos.  
»Piquente, pues, saltones  
Pulgares y garrapatas y ladillas,  
Y chinches y moscones,  
Moscas, mosquitos, tábanos, polillas,  
Alguaciles arañas,  
Con toda la caterva de alimañas,  
Y el brevisimo cinife ligero,  
De tu delito incauto trompetero.  
»Emboscadas de gatos te aprisionen,  
Te arañen y exterminen,  
Te persigan, te acosen, te arriñen,  
Y nunca te perdonen;  
En lazos corredizos, trampas, redes,  
Huevicida sacrilego, te enredes,  
Y sin poder parar en todo el mundo,  
Raton Cain, errante y vagabundo,  
»Te muerdan, te maltraten,  
Te ahoguen, despedacen, mortifiquen,  
Te revienten, te maten,  
Te descoynten y te sacrifiquen;  
Te ahorquen, te estropeen,  
Te despeñen, te arrastren, te aporreen,  
Te hieran, te desuelen, te mutilen;  
Chilles, rabies, te mueras, te aniquilen.  
»Con pena tan debida tu insolencia  
Quedará castigada;  
Yo contento, y en fin, por consecuencia,  
Mi Juanilla vengada;  
Mas porque á todos sirva de escarmiento  
El fin de tu goloso atrevimiento,  
Este epitafio, en tu sepulcro escrito,  
Conserve el ejemplar de tu delito:

## EPITAFIO.

«Aquel cuya voraz hambre rabiosa  
No perdonó jalea, ni peradas,  
En el vasar más alto reservadas,  
Ni queso, ni manteca, ni otra cosa;  
»El que burló mil veces la famosa  
Vigilancia gatuna, y sus celadas,  
Trampas y ratoneras celebradas,  
Hoy, raton caminante, aquí reposa.  
»Suspende, pues, el paso, y considera  
Cuán cara le costó su golosina  
Y el hacer que Juanita se aligiera,

Entró la claridad que el alba envía.  
Mas en este momento (1) deleitoso,  
En que naturaleza  
Presenta nueva luz, mayor belleza,  
En el lóbrego seno de su alcoba,  
¡Cómo en sueño profundo y delicioso  
El cenobita extático se arroba!  
Con celestial consuelo  
En espíritu ve que desde el cielo  
La refulgente aurora  
Con sus rayos el mar y el campo dora;  
Ve que la sombra huye,  
Ve que la luz naciente restituye  
A la naturaleza sus colores;  
Oye cantar las aves sus amores,  
Y á la madrugadora golondrina,  
De los pueblos vecina,  
Que dice: «Labradores,  
El día se avicina;  
Honrados profesores  
De las artes y oficios,  
Id á vuestros usados ejercicios»;  
Ve que cada viviente se encamina  
Donde su instinto ó menester le inclina;  
Y ya en este momento  
Ve la máquina toda en movimiento.  
Alaba entónces al Señor, que ordena  
Del universo mundo la colmena,  
Cuyas abejas mira en los humanos;  
Alaba con fervor á sus hermanos,  
Que labran el panal con vigilancia,  
Y alaba sobre todo la abundancia  
Con que el enjambre pródigo mantiene  
Tanto zángano gordo como tiene.  
Ya la campana por el aire suena,  
Y en el hueco abreviado  
De la escondida alcoba ya resuena  
Con importuna voz, y al monje llama;  
Al monje, que, arrobado  
En el Tabor glorioso de su cama,  
Está en sudor bañado.  
Deja, deja, corista, al religioso  
Que en éxtasis divino se recrea;  
No saques de la mística pelea  
Al que esgrime su brazo victorioso.  
Mas el joven corista, vigilante,  
Toca, vuelve, se afana,  
Y después que abandona la campana,  
Empuña una matraca horribonante.  
En ella emplean los membrados brazos  
Su monacal pujanza,  
Porque suenen ó se haga mil pedazos.  
Lleva el horrendo són de puerta en puerta,  
Y el misero durmiente se despierta.  
«Dios perdone al corista la venganza  
De que en todo el Desierto  
Sólo el de la matraca está despierto;  
Por menos de otro tanto  
Suelen llamar envidia al celo santo.»  
Diciendo estas palabras se espereza,  
Se incorpora, bosteza,  
Se remueve, se viste... le fatiga  
El peso de su mole... sin embargo,  
Sale desde su místico letargo,  
Con voluntaria tos limpiando el pecho,  
Al frío coro, del caliente lecho.  
Si á la señal primera  
Del cañon, del tambor, de la bandera,  
Marcha desde los brazos de su esposa,  
Cercada de sus hijos y llorosa,  
A las ondas alegre el marinero,  
Y á la batalla intrépido el guerrero,  
Es porque los profanos  
Corren tras el honor y el pan hambrientos;  
También acuden, con perdon, contentos  
Al són de la corneta cien marranos;  
También al són de la quebrada teja,  
Abeja por abeja

(1) En varios ejemplares, *convento*, por falta de inteligencia de malos copiantes; el impreso en Burdeos está bien.

Se congregan sin número al enjambre;  
Así cuando el honor ó cuando el hambre  
Es el móvil del hombre, lo confundo  
Con todos los vivientes de este mundo,  
Sujetos á las leyes del destino  
Que la naturaleza les previno;  
Mas no confundo á aquel que en la clausura  
Su pan y sus honores asegura,  
A quien jamas altera  
El cañon, el tambor ó la bandera;  
Y si grita la envidia, ni por eso;  
Que el fraile es el raton dentro del queso,  
O bien es la polilla dentro el paño;  
Aplíquese la burla al ermitaño.  
Mas ¡oh santa obediencia religiosa!  
Que ya á la voz de la matraca odiosa  
Los frailes uno á uno se congregan (2);  
Y ya que á paso lento al coro llegan,  
En la sagrada estancia  
Cantan con estudiada disonancia  
Al Todopoderoso

Un són lagrimoniaco y gangoso.  
Cuando á solas contemplo  
Que del gran Escorial en el gran templo  
Los repletos y místicos varones,  
Con sus gordos elásticos pulmones,  
Rompen los aires, el recinto atruenan,  
Y hacen temblar los vidrios de palacio  
Cien frailes Polifemos, que rellenan  
Del inmenso edificio el grande espacio,  
Clama mi débil voz con santo celo:  
¿A qué tanto gritar? ¿es sordo el cielo?  
¿No escucha como grata é insinuante  
Aquella voz sumisa y gangueante  
Del que tiene las gafas por sordina?  
Si un ycarío de monjas se examina,  
Nos dirá que es más dulce y penetrante  
Una voz virginal y femenina;  
Por esta regla harían los mundanos  
De los cien Polifemos cien sopranos.  
Grite, pues, de vosotros quien quisiere;  
Y diga que en la vida sedentaria  
El gloton que más grita más digiere.  
Mas en esta colina solitaria,  
Donde se comen truchas y salmones (3),  
Diciendo (no lo creo, en mi conciencia)  
Que es mayor penitencia  
Que estarse alimentando un año entero  
De grasientas tajadas de carnero,  
¿A qué dar tanta guerra á los pulmones?  
..... (4).

Hay una calavera  
Enfrente del asiento  
Del padre presidente;  
Dije al refitolero: «Buena fuera  
Quitar esta costumbre por dañosa.  
— ¿Quitarla? me contesta: ¡linda cosa!...  
Que está puesta de intento  
Verá usted brevemente,  
Y está muy bien dispuesto  
Que esté la calavera en este puesto (5).  
»Mientras come el caballo su cebada,  
El soldado dispara su pistola;  
Esta costumbre sola  
Le basta al animal para que luégo

(2) En el impreso en Burdeos:

«Al són de la matraca clamorosa  
Los frailes uno á uno al coro llegan;  
Y en la sagrada estancia,  
Do graves se congregan,  
Cantan», etc.

(3) Estos versos se encuentran suprimidos en casi todas las copias; tal vez parecieron demasiado atrevidos, aunque el autor no habla sino de la gula y regalo que cabe en la comida de viernes.

(4) Aquí dejó el autor sin concluir la descripción, y no ha quedado de lo restante otro fragmento que el siguiente, en que describe el refectorio.

(5) Este primer párrafo falta en el impreso en Burdeos, y como no pone lo que sigue como fragmento aparte, carece de ilación y hasta de sentido.

Ni el estruendo ni el fuego  
Le causen impresion, y por fortuna,  
Si le causan alguna,  
Será para que el bruto acostumbrado  
Haga memoria del pesebre amado.  
Aquí de la espantosa calavera,  
De la misma manera,  
Cuando delante de ella penitente  
Se ponga el presidente,  
¿Le causará impresion? ¿hará memoria  
Del infierno, del juicio ó de la gloria?  
¿Acaso pensará en el purgatorio,  
O en la dulce mansion del refectorio?  
Verá entrar con la mente fervorosa  
Por su puerta anchurosa  
Los gigantescos legos remangados,  
Cabeza erguida, brazos levantados,  
Presentando triunfantes  
Tableros humeantes,  
Coronados de platos y tazones,  
Con anguilas, lenguados y salmones;  
Verá también, así como el primero  
En la refriega el capitán guerrero  
Entra por dar espíritu á su gente;  
Verá, digo, que el mismo presidente  
Levanta al cielo sus modestas manos,  
Pilla el mejor tazón, y sus hermanos  
Imitan como pueden su talante,  
Y al són de la lectura gangueante,  
Que es el ronco clarín de esta batalla,  
Todo el mundo contempla, come y calla.  
Verá cómo levanta el débil viejo  
La blanca taza de licor bermejo,  
Por su trémula mano nunca rota,  
Ni vertida jamas la menor gota.  
Verá... Pero ya basta, señor mio;  
De la tal calavera yo me rio,  
Mientras tiemblo ¡ay de mí! si considero  
Los huesos de mi tísico puchero.

EL DIOS SCAMANDRO.

CUENTO Ó FÁBULA, COMO MEJOR LO QUIERAS,  
LECTOR (1).

Cuentan que un orador célebre en Grecia,  
Mansion en otro tiempo soberana  
De cuanta ciencia humana  
El sabio mundo aprecia,  
Quiso las ruinas visitar de Troya;  
Simon, su amigo, el pensamiento apoya,  
Que aunque no es anticuario,  
Antes, por el contrario,  
Tiene su si es no es de tarambana,  
Le entró no poca gana  
De ver tierra también, y suponía  
Que el sabio ha de buscar su compañía.  
Parten los dos, y al término del viaje  
Llegaron sin trabajos é incidentes;  
¿Qué vista para el sabio? ¡oh fiero ultraje  
De la edad y barbarie de las gentes!  
Donde lloran su altísimo homenaje  
Alzaba á las esferas espléndidas,  
Hoy hallaron tan sólo pobre aldea,  
Que ni remota idea  
Da del gran pueblo antiguo desolado.  
El sabio, en sus recuerdos embriagado,  
«¿Cómo! decía, ¿ni el menor vestigio  
Veré de la ciudad que fué prodigio,  
Por mano de los dioses levantado,  
Y abatido también por las deidades,  
Pero cuyo prestigio  
Pudo sobrevivir á las edades?  
¿Dó están las torres que Héctor defendía?  
¿Dó los campos de Aquiles y Diomedes  
Mostraban generosa valentía?

(1) Es imitación de La Fontaine; al principio el poeta español casi traduce; pero después se cansa y se deja llevar de su genio. La obra del fabulista francés es más poética; la del español más sencilla, pero de moral más grave.

Erudito lector, suponer puedes  
Que el que así se explicaba,  
A la márgen estaba  
Del Scamandro undoso,  
Río que entre sus ondas, sanguinoso,  
Arrastró rotos petos y celadas,  
A cabezas calientes arrancadas.  
Simon, que en antiguallas no repara,  
Y su imaginación tiene en reposo,  
A otros objetos dedicarse ansiara,  
Propios de un hombre material y ocioso.  
Llegó, pues, la ocasion. Fresca y sencilla,  
Con una linda cara,  
Que hasta la misma envidia enamórate,  
Llegó del río á la yerbosa orilla  
Incauta jovencilla,  
Que en traje y compostura  
Parece una aldeana,  
Lo cual no perjudica á su hermosura;  
Al contrario, al viajante  
Más impresion le ha hecho que si fuera  
Remilgada y enclenque ciudadana.  
La hora terrible de la siesta era;  
Que en Asia hace calor sabe cualquiera;  
Que el calor importuno  
Excita las eróticas pasiones,  
Y aun las encienden más las ocasiones,  
Tampoco hay que explicárselo á ninguno.  
Allí, no muy distante,  
Había entre el ramaje gruta oscura,  
Asilo cierto contra el sol vibrante,  
En donde la inocente criatura  
Las calurosas horas  
Quiso pasar, juzgándose segura.  
Pero las seductoras  
Ondas, que limpias á sus piés pasaban  
Y á refrescarse en ellas convidaban,  
El calor, la galbana,  
De bañarse en la niña  
Excitaron la gana.  
El viajero se esconde y escudriña  
Aquellas perfecciones,  
Que atizan el volcan de sus pasiones.  
¿Qué hará? Si mete ruido  
Y espanta á la deidad, todo es perdido.  
Mas de cómo rendirla, de repente,  
Después que meditó por breve rato,  
Van á suministrarle un expediente  
Las creencias del tiempo mentecato.  
¿No gozó á Dánae, en oro convertido,  
Júpiter atrevido?  
¿No hay otros mil ejemplos  
De dioses, venerados en los templos,  
Que tras una mortal ciegos corrieron,  
Y madres las hicieron  
De ilustres semideos,  
Que la tierra llenaron de trofeos?  
Manos á la obra, pues; no hay que atardirse;  
Un dios de este jaez puede fingirse.  
Toma entónces Simon los elevados  
Aires de un dios acnático, ciñendo  
Sus cabellos mojados  
De césped y espadaña,  
Y toda su persona componiendo.  
Luégo con voz y entonación extraña  
Al gran Mercurio invoca,  
Y á la deidad potente  
A quien cuidar de los amantes toca,  
La tímida muchacha, que lo siente,  
Aunque sencilla ignora  
Del mancebo la astucia disoluta,  
Se atropella, se azora,  
Y huye á esconderse en la profunda gruta.  
«Huyes del dios, la dice, de este río;  
Ven, pues, nereide, ven, y no te escondas;  
Que, con ser dueño mio,  
Serás también la diosa de estas ondas (2).

(2) Al escribir esta relación, debió tener presente SAMANIEGO estos lindísimos versos del riojano Villegas:

«Ven, pues, serrana, ven, y no te escondas;  
Serás, con ser esposa de este río,

Por tí la forma de hombre  
Me he gozado en tomar; nada te asombre.  
Vuelva al río, dichoso  
En gozar de ese cuerpo delicioso,  
Que aún más que su cristal, puro es mi pecho.  
Ven á dejar mi anhelo satisfecho;  
Y en pago estas riberas  
Esmaltaré de flores,  
Que huellen esos pies encantadores;  
Y á tí y tus compañeras  
(Siempre que á ser mi esposa te resnelvas)  
Ninfas haré del río ó de las selvas.»  
Nuestra jóven, que estaba  
Con la cabeza llena de otras tales  
Hazañas de los dioses inmortales,  
No dudó que era un dios el que le hablaba,  
A ceder la deciden sin violencia  
Su halagüeña elocuencia,  
Su grato continente y rostro amable,  
Y, á decir la verdad, que es bien palpable,  
Un no sé qué de vanidad de moza,  
Que en superar á las demas se goza;  
Flaqueza mujeril disimulable.

En sus senos umbrosos,  
Aquella gruta, al sol impenetrable,  
Teatro fué dulce de hurtos amorosos;  
Y él le dió, al separarse, la advertencia  
De que á verle viniera con frecuencia,  
Mas que á nadie su suerte revelara  
Hasta que la ocasión se presentara,  
Conforme á su deseo,  
De anunciar á los dioses su himeneo,  
Cuando el cóncave sacro se juntara.

Ella ¡cosa bien rara!  
El secreto guardó con gran prudencia.  
¡Qué mujer no se paga  
De contar un secreto que la halagal  
Mas hagamos justicia á la heroína  
De nuestra historia cierta;  
Siguiendo fiel la insinuación divina,  
Calló como una muerta;  
Y siempre que podía,  
Esto es ménos extraño,  
A la gruta venía

A verse con su dios, despues del baño.  
Mas cuando vino el frío,  
Cansado ya Simon de hacer de río,  
Poco á poco dejó la dulce gruta;  
Que el amor se fastidia si disfruta,  
Y veleidosos son, como traidores,  
Los dioses del Olimpo moradores.  
La misera insensata,  
Viéndose ya olvidada, triste y mustia,  
Sus facciones maltrata,  
Y á los cielos acude con angustia;  
Recorre con afán la selva hojosa,  
Parte á la cueva que la vió dichosa,  
Mil veces sale y entra,  
Y por más que se mueve, á nadie encuentra.

Simon, que desde el punto  
Que dejó de ser dios le descontenta  
Esta tierra de Troya,  
Y tiene algún barrunto  
De que puede salirle mal la cuenta  
Si llega á descubrirse la tramoya,  
Quisiera abandonar tales regiones;  
Mas entre tanto el sabio compañero  
Emprendió excavaciones  
Por comprobar las fábulas de Homero;  
Y héteme aquí con nuevas detenciones.

Mi hombre vivió encubierto,  
Como que su conciencia está intranquila;  
Mas ¡cómo no tener algún descuido,  
Que en su contra aprovechen

Téti feliz de las mejores ondas  
Que bajan á dar lustre al mar sombrío;  
Mira que es justo que al amor respondas  
Con dulce agradecer, no con desvío.»

SAMANIEGO no dió á su imitación tanta entonación y poesía; no lo requería el tono general de su obra.

Ojos que amor celoso despabila?  
Y así sucede: el diablo, que es experto  
Y tiene gran placer en meter ruido,  
Cruzando él casualmente,  
Dispuso que se halle  
A la esposa endiosada en una calle,  
En la cual de repente  
Del pueblo se juntó la gente toda  
A ver pasar una lujosa boda.  
Héteme sin escape al pobre mozo;  
Ella desde el momento  
Que lo reconoció, con alborozo  
Dijo, abiertos los brazos, y en su seno  
Echándose llorosa:  
«¡Scamandro, mi dios! si sois tan bueno,  
¿Por qué dejasteis vuestra amante esposa?»  
La gente que escuchó á la desdichada,  
Luego soltó sonora carcajada;  
Pero cuando se entera  
Del vergonzoso caso,  
Al mal fingido dios del pueblo fuera  
A palos arrojó más que de paso.  
Él escapó; la incauta escarneada,  
En vista del engaño,  
De cada lagrimal soltando un caño,  
Lloró toda su vida  
Ser juguete de un pillito,  
Cuando creyó con ánimo sencillo  
Que daba á un dios su mano y su persona.  
¡Oh vil superstición! ¡y hay quien te abona! (1).

#### PARODIA DE GUZMAN EL BUENO.

SOLILOQUIO Ó ESCENA TRÁGICO-UNIPERSONAL, CON  
MÚSICA EN LOS INTERVALOS (2).

O nos entregas la plaza, ó degollamos tu hijo, dije-  
ron los moros á Guzman el Bueno, que mandaba á  
Tarifa. Este bravo soldado no les da otra respuesta  
que arrojarles su propio cuchillo desde el muro al  
campo. Retírase á comer, oye gritos, levántase de  
la mesa, acude al muro, ve el sacrificio de su hijo,  
y se vuelve á continuar la comida, diciendo con  
serenidad á su esposa: «Creí que asaltaban la  
plaza» (3). Éste es el Guzman de la historia; pero  
como en el soliloquio veo que el señor Guzman anda  
algo y aún algunos remolón para arrojar el cuchillo,

(1) Sacado de una mala copia que poseía el señor Treviño, vicario de La Guardia, en la que á veces nos ha sido difícil comprender el sentido para restablecerlo. La moralidad que resulta es muy del gusto de aquel tiempo; hoy más falta hace escribir contra la incredulidad.

(2) Obra que don Tomas de Iriarte escribió en la convalecencia de uno de los ataques de la enfermedad de gota que padecía habitualmente. Compusóla á fines de 1789, estando en Santúcar de Barameda, y se representó por primera vez en el teatro de Cádiz.

(Nota del Colector.)  
(3) Esta sencillez del suceso es una de las grandes dificultades que presenta semejante argumento en el teatro. Que Guzman, irritado de que se atrevan á hacerle una proposición infame, con una amenaza más infame todavía, arroje, en un arranque irreflexivo de pundonor, su espada á los villanos para consumar el sacrificio, y que sorprendido despues por una acción que, bárbara e inverosímil, tal vez juzgó imposible, se resigne y con un dominio admirable sobre sí mismo ahogue todos los ímpetus naturales, sea aquí lo heroico; pero esta heroicidad lleva un tinte de lugubre y austero, que no tiene nada de dramático. Si damos lugar á que éstos que perezca su hijo, Guzman piense, medite, disenta el próter contra de la acción que va á ejecutar, nos parece bárbaro que en esta lucha no venza la naturaleza; el sacrificio debe hacerse como cosa que no admite discusión; las quejas, los ayes, los momentos de debilidad desnaturalizan al héroe. Los poetas dramáticos que han tratado el argumento no han podido vencer esta dificultad. El Guzman de don Nicolas Fernandez Moratin solo es apreciable por algunas escenas en que hay grandiosidad y colorido local; el de Gil y Zárate es un esfuerzo de ingenio, en que, para hacer dramático el asunto, ha tenido el autor que violentar los hechos; el monólogo de Iriarte es malo, no habiendo sabido hacer interesante á Guzman, ni vencer ninguno de los inconvenientes del argumento.

Que de cerdosos animales juntan  
En su mendicacion frailes franciscos?»  
(Con abatimiento.)

Pero el trance es muy duro, sí, y él solo  
Fuera capaz de entorpecer tus bríos.  
(Con prontitud y energía.)

Urge el tiempo, urge el lance, y no permite  
Efugios ni demoras: un partido  
Se ha de abrazar... de dos extremos uno:  
O mi afrenta ó mi honor hoy eternizo.  
«Es decir, ¡ay de mí! ¡dioses eternos!  
O la espada ó la ruca. ¿Cuál elijo?»  
(Despues de una breve pausa, con admiración.)

«¿Entre afrenta y honor, pones en duda  
A cuál has de seguir?... Sí, me decido:  
Fuera, fuera la espada; con la ruca  
Alguna vez á Hércules se ha visto.  
La armadura de acero reluciente,  
Que en mi cuerpo aterraba berberiscos,  
De aquí adelante servirá en un palo  
De ahuyentar los gorriones de los trigos.»  
(Espacio.)

¡Cielos! ¿Si mi aflicción me dará treguas  
Para observar con ánimo tranquilo  
Cuán graves son las causas, cuán difícil  
Es el remedio de mi actual peligro?  
¡Al bravo rey don Sancho no he jurado  
Defender á Tarifa y su castillo?  
¡Qué! ¿Sólo mi palabra está empeñada?  
Aun más lo está mi crédito adquirido,  
«Que monta mucho más para mí alcurnia  
Que toda mi palabra y patriotismo» (1).  
Soy en el mando de esta fortaleza  
Sucesor del maestro don Rodrigo:  
Prometí sostenerla á ménos costa;  
¿Lo prometí una vez?

(Con santa resignación.)

Pues á cumplirlo.

(Levántase.)

Las huestes marroquíes cada día  
Esfuerzan más el riguroso sitio;  
Pero mis castellanos no las temen,  
Ni dirán que las teme su caudillo.  
Echa ya el resto el agareno infame  
A su violenta saña, «ó yo me irrita  
Si tarda un poco más, junto mi tropa,  
Y cual nube preñada de granizo,  
Que en las mieses descarga y las maltrata,  
Así sobre el ejército enemigo,  
Sorprendido su campo, haré que caigan  
Golpes con tal acierto repetidos,  
Que cubran la campaña sus cabezas  
Y muelan con su sangre los molinos (2).  
(Con tono compasivo.)

Y ¿quién comerá el pan si todos mueren?

(Con resolución.)

Yo me lo comeré. Pero ¿qué digo?  
No el valor, no las armas hoy emplea  
Contra Castilla y contra mí. Un arbitrio

(1) En la Respuesta de mi tío, crítica que escribió también SAMANIEGO del soliloquio de Iriarte, citando estos dos versos, dice: «Que sacrifique al hijo por la patria y el deber es aquí lo digno de alabanza; pero que el honor adquirido sea antes que este deber, y que por aquel más que por éste entregue al hijo al filo de la espada, lo vitupero y es un pensamiento falso, en que se conoce al cortesano.» Todas estas ideas falsas y declamatorias son hijas de la frialdad de la musa de Iriarte, que quisiera excitarse y entusiasmarse, y no sabe cómo. ¿Qué diferencia del helado discurso de este infortunado padre y las voces de fuego de Pigmaliot! Tenía razón Forner cuando, en su sátira contra las obras publicadas á fines del siglo xviii, hace esta graciosa invocación:

¡Oh vosotras, mis Piérides canoras,  
Y tú, espléndido padre de los días,  
Que á Iriarte nunca inflamas ni acaloras!

(2) Cansado de tanta frialdad, SAMANIEGO levanta el tono en estos versos, que, aunque burlescos, tienen vivacidad y poesía.

y que la serenidad con que volvió á la mesa se le  
convierte toda en tenderse sobre un banco y pro-  
rumpir en suspiros, ayes, lamentos, lágrimas y des-  
mayos, me parece que no habrá inconveniente en  
que yo, con mis correcciones, variaciones y aumen-  
tos, haya hecho un Guzman á mi antojo.

Como es oficio nuevo este de hacer soliloquios,  
he querido instruirme en la materia, y he hallado  
en los libros que la palabra *soliloquio* está particu-  
larmente consagrada á la teología mística; que así  
llamamos á las meditaciones devotas, verbi gracia,  
los *Soliloquios de san Agustín*; que los de la es-  
cena deben llamarse *monólogos*. Yo quisiera que en  
la escena no hubiese ni el nombre ni la cosa, su-  
puesto que los mismos libros que han hablado del  
soliloquio dramático nos dicen que no hay una  
cosa más contraria al arte y á la naturaleza que los  
tales monólogos.

Mas ya que está hecho el que yo acabo de corre-  
gir, léase enhorabuena, y sepa el curioso lector  
que los versos que llevan las dos comitas son los  
míos.

#### GUZMAN EL BUENO.

El teatro representa lo interior de un castillo, y en el foro un muro  
antiguo con almenas y escalones para subir en él, y aún para  
bajar de él, como en ello se contiene.  
Introducción de música marcial y ruidosa. Levántase el telon, y el  
estrepito de la orquesta va disminuyendo sensiblemente, hasta  
finalizar en un piano.

GUZMAN, con armadura completa de acero, se manifiesta pensativo  
y sentado en un banco de piedra, que se supone puede haber á  
poca distancia del muro. Luego que cesa la música deja pasar un  
rato de silencio, verbi gracia, cincuenta y nueve segundos, y  
como quien va á desembuchar cosas portentosas, dice así con  
silencio y gravedad:

En el tropel confuso de encontrados  
Afectos y de ideas con que lidio,  
«Todos en mi mollera aposentados,  
Y en roerme los cascos tan activos,  
Que ya empiezo á dudar si mi cabeza  
Es algún queso, de ratones nido;  
En las árdnas y tristes circunstancias  
Que más y más estrechan mi conflicto,  
«Y me tienen lo mismo que un gazapo  
Entre el huron y el cazador metido»;  
Ahora que he logrado libertarme  
De la importunidad de mil testigos,  
«Cuyos descomunales bigotazos  
Imponían silencio á mis quejidos»;  
Esta parte del muro de Tarifa,  
Ménos cercana al militar bullicio,  
Por algunos instantes, aunque breves,  
Sirvame ya de solitario asilo,  
Donde alivio me den mis reflexiones;  
«Y aunque sean ajenas de mí mismo,  
Nadie oírmelas pueda; mas si acaso  
Algún soldado escucha mis suspiros,  
Al sentirlos, creará sin duda alguna  
Que son de una mujer, no de un caudillo.»  
(Con voz más esforzada.)

¡Ah, Guzman infeliz! en tantos años  
De bélicas empresas, de continuos  
Afares tolerados por tu patria,  
¿Cuándo tal sobresalto has padecido,  
Angustia igual, tormento semejante?  
¿Cuándo tan débil tu valor se ha visto,  
Que, peligrando la española gloria,  
Temeroso procedas é indeciso?  
«No eres tú el adalid por cuyo brazo,  
Despues de mil victorias, han podido  
Recoger tus soldados en despojos  
Más orejas y piés de berberiscos,  
I, Ps.-XVIII,

Injusto, vil, sangriento ha meditado;  
Me amenaza con él; pretende, impío,  
Practicarle á mi vista; ya me estrecha  
A resolver con plazo ejecutivo,  
Y por la vez primera me intimida.

(Con ternura.)

Sólo así lo logrará... Cuando un hijo,  
Un hijo idolatrado, «que aun no alcanza  
De enana higuera los melosos higos;  
Un hijo... me parece que le veo  
Que, vestido de fraile, haciendo mimos,  
Se limpiaba los mocos con la manga  
Y la daba á besar á los vecinos»;  
El que habia de ser dulce consuelo  
De una madre amorosa, y fiel arrimo  
De la vejez de su cansado padre,  
Gime en poder de alárabes cautivo.  
¡Infante desgraciado! ¡No bastaba  
«Que postrado en la cama y perseguido  
Por un Galeno, general en jefe  
Del barberil ejército enemigo,  
Armado de geringas y lancetas,  
De drogas venenosas y de pistos,  
Que la flebotomeya y la farmacia  
Encierran en sus parques prevenidos,  
Contra enginas, lombrices, pulmonías,  
Viruelas, sarampion y tabardillo;  
No bastaba que en guerra tan sangrienta,  
Los unos y los otros encendidos,  
Todos se conjurasen en tu daño  
Y fuesen entre sí tus asesinos!»  
No bastaba sin duda. El moro exige  
Que hoy, antes que termine el sol su giro,  
«Al rededor del mundo calabaza,  
Como macho de noria, exige, digo»,  
Que antes que el sol se ponga, yo le rinda  
A Tarifa, ó tú rindas al cuchillo  
«Tu inocente garguero y así mueras,  
Hablando con perdon, como un cabrito.»  
¡Fatal empeño! ¡Atrocidad horrible!  
¡Y yo, por mi desdicha, no testigo,  
No cómplice he de ser, sino autor de ella?

(Reflexionando.)

«¡Yo autor! ¡Qué disparate! yo deliro...  
El moro es el autor (1), pues yo no tengo  
Más parte en el cruento sacrificio,  
Que cumplir con las leyes de vasallo  
Y las de ciudadano, y es indigno  
Quien...»

(Con vehemencia.)

No puedo eximirme de un delito:  
O estas ajenas sin honor entrego,  
O sin piedad un hijo sacrifico,  
Y para siempre han de infamar mi nombre,  
O una fea traición ó un parricidio.

(Arrodillado y exclamando fervorosamente.)

«¡Cielos! ¡No habrá por ahí un mal barbero  
Que me sangre siquiera de un tobillo?

(Levántase como volviendo de su delirio.)

¡Guzman, Guzman! si loco no estuvieras,  
¡Dirias por ventura que es delito  
Que un padre por su rey y por su patria  
Sacrifique la vida de su hijo,  
Cuando ni las murallas de Tarifa  
Ni las tapias humildes de un cortijo  
Encierran en España ni un vasallo,  
Anciano, pobre, débil, desvalido,  
Que, á la señal primera de batalla,  
No salte por las tapias al peligro,  
Para dar por el rey y por la patria,  
Con la suya, la vida de sus hijos?»

(Adagio triste.)

(Párase GUZMAN entre tanto con lentitud; párase á cada dos ó tres pasos, como reflexionando, y poniéndose la mano en la frente, continúa.)

(1) Este morazo fué el infante don Juan. (Nota del autor.)

¡Con que, es indispensable que tremolen  
En Tarifa pendones berberiscos,  
Y que las africanas medias lunas  
«Planten aquí sus cuernos? ¡Qué delirio!  
¡No faltaba otra cosa! ¡Coronára  
Bello blason mis méritos antiguos!»  
¡Loable ejemplo diera á tantos nobles  
Jefes, en cuyo brazo siempre invicto  
Y en cuya lealtad confia España!  
¡Todos ellos valientes, atrevidos,  
A competencia alcanzarán el lauro  
De quebrantar los afrentosos grillos  
Con que el soberbio moro nos oprime;  
Y Alonso Perez de Guzman, remiso,  
«Como si fuera perro de convento,  
Que en día de gaudemus, escondido,  
Huye del asador? Antes perezca  
Que perrunos ejemplos dé á mi siglo.»

(Más presto y más furioso, ó prestísimo y furiosísimo.)

Con todo vuestro orgullo y poderío,  
¡Por qué no acometeis, cobardes tropas,  
Estas murallas? Asestad mil tiros,  
Apurad cuantas máquinas invente  
El furor de la guerra destructivo;  
Escalas aplicad, arda ya el fuego,  
La sangre inunde fosos y rastrillos,  
«Y rebosando, en fin, á borbollones,  
En ondas llegue al mar hasta teñirlo,  
De manera que dude el marinero  
Si su bajel navega en agua ó vino.  
Mas ¡ay que los pescados morirían  
En el sangriento mar, y en tal conflicto,  
Sólo habria en cuaresma caracoles.»  
De este modo, vosotros, asesinos,  
Rendir queréis el corazón del padre,  
Ya que rendir no es fácil el castillo;  
Pero es tan fuerte el uno como el otro,  
Y temerario empeño el de abatirlos.  
¡No triunfaréis!... La vida ha de costarme.

(En tono lastimoso.)

¡Ay de mí! Mas me cuesta la de un hijo...  
¡Vallo tremendo!

(Con entereza.)

¡Y qué? ¡No es necesario?  
¡No es glorioso? Pues bien; no me desdigo.  
Hijo de un padre honrado morir debe,  
No vivir hijo de un traidor indigno.  
Y ojalá que tal víctima pudiera  
Rescatar, no tan sólo este recinto,  
Sino el último albergue en que subsista  
De sarracenos el menor vestigio.  
«Pues el que compra un huevo por un cuarto,  
Tambien quisiera por el cuarto mismo,  
No sólo rescatar, ya que lo gasta,  
Todos los huevos frescos del recinto,  
Sino el último huevo que se pudre,  
Sin redencion, en Foncarral cautivo.»  
Ya de ajeno valor no sigo ejemplos,  
Antes dudo si habrá quien siga el mio.  
«¿Qué es dudar? ¡En España habrá pobrete  
Que tome por ejemplo á tal caudillo!»

(Andante sonoro y majestuoso con instrumentos de aire.— Pausadamente.)

¡Que en tan duros extremos precipite  
La obligacion á un hombre bien nacido!  
«Quiero decir, á un hombre sin joroba,  
Que no es ni contrahecho ni enfermizo.»  
¡Ay, que á veces tambien, si es excesiva,  
Conduce la virtud al extravío!

(Con admiracion.)

«¡Excesiva... y virtud! Bendito sea  
El padre que engendró tal adjetivo.»

(Con viveza y suma eficacia.)

Por no ser desleal, seré verdugo;  
¡Y de quién? ¡De algun bárbaro enemigo?  
¡De algun perverso delincuente? ¡Dime  
De quién, padre inhumano, de quién? Dilo,

«¡Dilo, dilo de quién? ¡Y de quién, dime;  
Dime, dime de quién? De mi chiquillo.

(Con pausa y ternura.)

Una vez quise serlo; ¡eternos dioses!  
El llanto me permita referirlo.  
De par en par abierta mi alhacena,  
Muestra un tarro de almibar exquisito;  
Llega sobre él intrépido el infante,  
Traspasado de gozo, y atrevido,  
Cual hambriento leon, que de repente  
Cae sobre un venado, y allí mismo  
A la presa se arroja y la devora,  
A pesar de las voces y latidos  
De ardientes cazadores y de perros,  
Que se arrojan intrépidos al sitio;  
Así, ni más ni ménos, el gallardo,  
Despreciando mis pasos y mis gritos,  
Hizo del dulce tarro, á mi presencia,  
El voraz y goloso sacrificio.  
Entonces... yo ¡cruel, trágico lance!  
Con despecho y furor... ¡arrojo inicuo!  
Mi mano paternal alcó tres veces  
Para darle otros tantos azotitos,  
Y tres veces cayó la débil mano  
Del duro padre sobre el blando niño.  
Donde quiera que vaya, desde entonces,  
Me acompaña la imagen de aquel hijo,  
Puesto sobre mi bárbara rodilla,  
Su pañal remangado... ¡padre impío!  
Sus piés en agitado pataleo,  
Su rostro boca abajo, sus gemidos  
Mezclados con horrisonos azotes,  
Su cárdeno y redondo... Mas ¡qué digo?  
Si la sombra, la idea solamente  
De los tres ya pasados azotitos  
Me persigue cual furia del averno...»  
¡Qué seria si acaso en el suplicio!...

(Con desaliento.)

Siento que ya mi espíritu se entibia;  
No sé cómo inflamarle... Determino  
«A la llama marcial tan solamente  
Arrimar de mi honor el pucherillo.  
¡Ah, que tambien se sobran los pucheros  
Cuando el fuego á que están es excesivo!»

(Con afliccion y ternura.)

¡Mártir del pundonor! ¡Hijo inocente!  
¡Para qué te di el sér, si de él te privo?  
«Te di el sér, es verdad, pero ignoraba  
Del hado incomprendible los designios,  
Y si el que planta berzas en su huerta  
Previese desde entonces que los chicos  
Del pueblo le echarian á tronchazos  
Con los tronchos criados por él mismo,  
Plantaria espinacas, y no berzas.»

(Con lágrimas.)

Pero, al fin, te di el sér, amado hijo.  
¡Son éstos los halagos placenteros  
Con que desde la cuna, dulce hechizo,  
Mil veces á mis brazos te elevaba?  
«Mil veces... ménos tres... ó ménos cinco.»  
¡Para esto con tu risa y gracia ingenua,  
Con tus juegos pueriles y sencillos,  
De mi oficio en las ásperas fatigas  
Fuiste la diversion y único alivio?  
«Diganlo de papel las pelotillas,  
Pendientes de tu mano por un hilo,  
Con las cuales solian lindamente  
Jugar á la pelota los gatitos,  
Y digalo tambien el alforjero,  
Cuando el gato, á hurtadillas escondido  
Debajo de su silla entre su ropa,  
Atisbó que pendia un hiladillo,  
A guisa de cordor de campanilla,  
De lo alto de sus blancos calzoncillos.»

¡Oh, nunca hubiera impreso el tierno labio  
En las blancas mejillas de tal niño!

(Llora un poco, y despues con alguna serenidad y pausa.)

«Ya que para la guerra estaba armado,  
Al tiempo de partir á mi ejercicio,  
Intenté de los brazos de su madre  
Pasarle algunas veces á los míos;  
Mas no bien cariñoso me inclinaba,  
Cuando del limpio acero al claro brillo,  
Y el terrible penacho que agitaba  
Sobre el morrion el viento á su albedrío,  
Causábale terror, volvía el rostro,  
Levantaba las manos, daba un grito  
Y se arrojaba al seno de su madre.  
¡Oh, permitan los númenes divinos,  
Exclamaba yo entonces, que este infante  
Mis pasos siga fuerte y atrevido,  
Y que al volver triunfante del combate,  
Trayendo del ejército enemigo  
Los sangrientos despojos, grite el pueblo  
Entre vivas, aplausos y bullicio:  
Aun es más valeroso que su padre (1);  
Y que un gozo secreto, pero vivo,  
Penetre entonces á su tierna madre.  
¡Aquéstos eran los afectos míos!  
Mas ¡ay! que un furor por mi carrera  
No me dejaba ver el claro indicio,  
El agüero fatal que me decia,  
Cuando de mi armadura huía el niño:  
Apártale del campo de batalla;  
Que aprenda el *musa musa* con su tío;  
No le metas soldado, ni lo sueñes;  
Primero sacristan ó monacillo.»

(Siéntase en ademán de lánguido y conternado; permanece como absorto; viene á quedarse dormido; ronca al compás de un andante afectuoso; concluye éste con cuatro ó seis golpes fuertes, al compás de los cuales levántase Guzman, y luego prosigue en tono más animoso.)

Pero ¡qué es esto? ¡Dónde estoy? Yo sueño;  
Me desconozco... se me turba el juicio...  
¡Tan fácilmente revocar pensaba  
Una sentencia en que mi gloria cifro?  
¡El honrado español por mí ha de verse  
De esa insolente raza escarnecido?  
Entregaré á Tarifa, enhorabuena.  
Mas ¡puedo yo ceder bien que no es mio?  
Tarifa es de mi rey, es del Estado;  
Entréguela quien goce su dominio,  
Y no el depositario de sus llaves.

(Con pausa.)

«Llaves he pronunciado, y al decirlo  
No sé qué me presenta mi memoria.  
Acuérdome que tuvo, allá en lo antiguo,  
El ama de gobierno de mi casa,  
Sin tanta obligacion, más heroísmo.  
Las llaves le pedí de la despensa  
Cuando era yo travieso y era chico:  
Me las has de entregar, le dije airado,  
O he de quitar la vida á tu perrito.—  
Primero fui criada de tu casa  
Que fuese ama del perro, y pues hoy mismo  
Uno y otro no puedo ser á un tiempo,  
El perro muera, la despensa libro.»

(Allegro, porque se me antoja; pero el señor Guzman volverá á reflexionar con igual lentitud, sin hacer caso del aire que llevare la orquesta, que podrá tocar, si quisiere, con instrumentos de tripa, esto es, de cuerdas de intestinos.)

¡No me expondrá mi hazaña generosa  
A un arrepentimiento bien tardío?

(Cobrando espíritu, con instrumentos de aire, como cornetas, cornamusas y serpentones.)

¡Arrepentirme yo? ¡De qué? ¡De un hecho  
Que, pregonado en los futuros siglos,  
Honra será de mi nacion valiente,  
Blason de mi linaje esclarecido? (2).

(1) Obsérvese la hermosa entonacion de estos versos, por más que acaban en una frialdad que hace reír. SAMANIEGO parece que, cansado de parodiar versos insulsos y desgarrados, quiso dar ejemplo á friarte de cómo debe versificarse en los asuntos heroicos, y se lo dió excelente en estos pocos renglones.

(2) Con motivo del prólogo que precede á la traduccion de *La Muerte de César*, hecha por don Mariano Luis de Urquijo, se pu-